

# SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

**Ap 11, 19; 12, 1-6; Sal 44; 1Co 15, 20-26; Lc 1, 39-56**

En aquellos días, María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas esta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: "¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor". María dijo entonces: "Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre". María permaneció con Isabel unos tres meses y luego regresó a su casa.

Celebramos en el presente domingo la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María a los cielos, y hoy en el evangelio San Lucas, nos hace entrever que María es la verdadera Arca de la Nueva Alianza, morada de Dios aquí en la tierra. En María Virgen Dios habitó realmente, se hizo presente aquí en la tierra. La Solemnidad de la Asunción de la Virgen María no sólo nos invita a la admiración, sino que nos señala el camino de la vida del creyente, nos muestra cómo podemos llegar a ser felices si, tal como María, nos abandonamos de manera confiada y permitimos que el Señor obre en nuestras vidas, por eso el Papa Benedicto XVI nos dice: «...María es ejemplo y apoyo para todos los creyentes: nos impulsa a no desalentarnos ante las dificultades y los inevitables problemas de todos los días. Nos asegura su ayuda y nos recuerda que lo esencial es buscar y pensar "en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Col 3, 2). En efecto, inmersos en las ocupaciones diarias, corremos el riesgo de creer que aquí, en este mundo, en el que estamos sólo de paso, se encuentra el fin último de la existencia humana...» (Benedicto XVI, Ángelus 15 de agosto de 2006). Por ello, pese a que en muchos momentos no entendemos los acontecimientos como María estamos llamados a responder: «...hágase en mí según tu palabra...», y guardar en nuestro corazón todo aquello que no comprendemos, permitiendo de eso modo que el Espíritu Santo obre en nosotros y nos haga templos vivos de Dios.

La Virgen María, como nos muestran la primera lectura y el evangelio, es fuerte porque de Dios le viene la fortaleza. Por eso en las palabras del Magníficat:

«...Me felicitarán todas las generaciones...» se nos pone de manifiesto que el futuro, el porvenir, pertenece a Dios, está en las manos de Dios, y que Dios vence en medio de los temores, sufrimientos y tribulaciones que podemos enfrentar en el mundo. Esto nos lo pone en claro la primera lectura cuando nos dice que no vence ese dragón fuerte, que es la representación de las fuerzas del mal (el pecado), sino que Dios triunfa sobre el maligno, que tantas veces en nuestro diario vivir nos parece invencible. La Virgen María nos hace ver que apoyados y abandonados en la gracia de Dios el mal no es invencible. Ciertamente, en comparación con el dragón, esta Mujer, que es prefigura de la Iglesia, parece indefensa, pero Dios que tiene el futuro en sus manos, la hace fuerte.

Al respecto el venerable siervo de Dios Papa Juan Pablo II nos dice: «...la Asunción es, por consiguiente, el punto de llegada de la lucha que comprometió el amor generoso de María en la redención de la humanidad y es fruto de su participación única en la victoria de la cruz...» (Juan Pablo II, Catequesis La Asunción de María, verdad de fe, 2 de julio de 1997). El misterio de la Asunción de María está unido a su coronación como Reina del cielo y de la tierra; que nos invita a contemplar en este hecho una participación singular de María en la resurrección de Cristo. San Pablo pone de relieve esta verdad, anunciando la alegría por la victoria sobre la muerte, que Cristo consiguió con su resurrección, «...porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte...» (1Cor 15, 25-26). La victoria sobre la muerte que se manifiesta claramente el día de la resurrección de Cristo, concierne hoy, de modo particular, a su Madre. Si la muerte no tiene poder sobre Él, es decir sobre su Hijo, tampoco tiene poder sobre su Madre, o sea, sobre Aquella que le dio la vida terrena.

Dejemos que en esta Solemnidad la Iglesia -depositaria de la fidelidad de las promesas y del amor de Dios-, venga a nuestro encuentro tal como María, y así nosotros como Isabel quedemos gozosos ante la luz que, la Iglesia con su presencia, va iluminando las tinieblas más profundas de nuestro corazón y llevándonos a caminar sobre la oscuridad de la muerte a la cual nos arrastra el pecado, contemplemos y experimentemos el amor redentor de Cristo que se ha donado por amor a cada uno de nosotros en la cruz. El siervo de Dios Juan Pablo II nos dice: «... Contemplando el misterio de la Asunción de la Virgen, es posible comprender el plan de la Providencia divina con respecto a la humanidad: después de Cristo, Verbo encarnado, María es la primera criatura humana que realiza el ideal escatológico, anticipando la plenitud de la felicidad, prometida a los elegidos mediante la resurrección de los cuerpos...» (Juan Pablo II, Catequesis La Asunción de María en la tradición de la Iglesia, 9 de julio de 1997).

La Asunción al cielo de María en cuerpo y alma, es señal de esperanza segura y consolación para todos nosotros. Se trata de la fiesta mariana más antigua, y una ocasión para ascender con María a las alturas del Espíritu donde se respira el aire puro de la vida sobrenatural y se contempla la belleza más auténtica, que es la santidad. La Fiesta de hoy nos impulsa a elevar la mirada hacia el cielo. No hacia un cielo hecho de ideas abstractas, o un cielo imaginario creado por el arte, sino el cielo de la verdadera realidad, que es Dios mismo. La Solemnidad de la Asunción nos debe llenar de esperanza, llevarnos a comprender

que nuestra vida es de esperanza que en Cristo se ha realizado y que en nuestra vida Dios quiere realizarlas; por ello que María es la llena de Gracia; y nuestra vida está diseñada por Dios para que sea llena de Gracia, donde la muerte es el culmen-meta de este peregrinaje a las moradas del Padre.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar